

Eufrates, convirtiendo aquellas comarcas en las más fértiles del mundo, produjo una notable modificación en su clima, de modo que hoy el Sur de aquella región es cual triste desierto abrasado por el sol, durante una parte del año, y durante la otra tiene el aspecto más tético todavía de un inmenso pantano, del cual á menudo solo despuntan, á manera de islas, las cúspides de las colinas de escombros. Era antes opinión muy general que las antigüedades babilónicas, muy raras todavía siete años atrás, solo podían exclarecernos sobre la época de Nabucodonosor y sus sucesores, ó sea el reino neo-babilónico; mas ahora se arraiga cada día más la convicción de que Babilonia es el suelo de la más antigua civilización del mundo y de que su historia precede en miles de años á la de Asiria. Al considerar esto, parece igualmente caso en verdad maravilloso que, dadas las circunstancias desfavorables que hemos apuntado y que en la misma Babilonia no son mucho mejores que en el Sur, hayan podido lograrse tan grandiosos resultados como los obtenidos en sus excavaciones por Rassam y De Sarzec.

Por lo expuesto en este capítulo, que se ha alargado ya bastante, podrá el benévolo lector formarse concepto de todo lo que promete una historia de Babilonia y Asiria, tal como nos es dado hoy reconstruirla merced á la abundancia de monumentos é inscripciones coetáneas. Mas antes de dar principio á nuestra exposición histórica con la de la antigua Babilonia, que forma el primer libro de esta obra, hemos de hacer una breve reseña de los trabajos de otros autores que hasta aquí han tratado especialmente ya de importantes períodos, ya del conjunto de la historia de los antiguos pueblos del Eufrates y del Tigris.

VI. TRABAJOS DE OTROS AUTORES SOBRE LA HISTORIA BABILÓNICO-ASIRIA

Considerando la manera como logró desarrollarse y adquirir, paulatinamente, creciente seguridad el desciframiento de las inscripciones cuneiformes, sobre todo por lo que se refiere á los nombres propios que interesan á la historia, ha de parecerse natural que hoy ya no tengan sino valor histórico, esto es, retrospectivo, muchos de los trabajos de que hemos de hacer mención en este capítulo, y que por lo mismo sería absurdo y hasta injusto querer juzgarlos con igual criterio que los más modernos (desde principios de la década 1870-80), en cuya apreciación podemos ser más severos.

No hemos de olvidar tampoco que estos primeros ensayos, aun los más imperfectos y vacilantes, de historia babilónico-asiria conforme á los monumentos descubiertos, fueron valiosos materiales para la investigación posterior. Y si desde el principio hubiésemos querido atenernos á la norma que después pretendió imponernos la envidia de los no asiriólogos, de aguardar primero á tener completa seguridad en la interpretación de los textos originarios — la que aun hoy día no se ha alcanzado en todos los detalles, como, por ejemplo, en palabras de rara repetición, y que dado el carácter propio de las inscripciones no se logrará acaso jamás, — ó para expresarlo con otras palabras, nos hubiésemos dejado intimidar siempre por la frase al uso: «No es tiempo aun de hacer historia con los monumentos,» en vez de lanzarse resueltamente, como por suerte se ha hecho, á intentar un principio, por defectuoso que resultara todavía; si semejantes consideraciones nos hubiesen arredrado, decimos, la asiriología no habría alcanzado seguramente jamás como ciencia la altura á que se encuentra hoy; habríase producido un estancamiento, que no solo habría impedido para siempre la formación de una ciencia histórica asiria, sino detenido también la parte puramente filológica de la investigación de la escritura cuneiforme

en su sano desarrollo y en sus más importantes progresos.

El primero que intentó beneficiar para la historia los resultados proporcionados ya en aquella fecha, 1852, por las excavaciones y el desciframiento, fué el explorador por excelencia en este terreno, el coronel Enrique Rawlinson, al cual corresponde también en este punto la gloria de haber dado ejemplo y motivo para nuevas investigaciones científicas. «A vuela pluma, bajo una lluvia torrencial, en una reducida tienda de campaña en el alto de Nínive, y sin más auxiliares que una Biblia de bolsillo, un librito con apuntes de inscripciones y una memoria bastante buena,» así refiere Rawlinson en su carta de 11 de abril de 1852 cómo fué escrito, en aquella primavera, su «Esbozo de historia asiria,» que llena 28 páginas en 8.º (1), bajo la inmediata impresión de la misma antigüedad asiria, que Layard había empezado á desenterrar de aquel suelo. Dos años después se publicó también una traducción alemana, por J. von Gumpach (2), de dicho «Esbozo,» el cual tuvo gran importancia entonces para la historia en general y en particular para la investigación del Antiguo Testamento, á pesar de sus errores é imperfecciones, inevitables á la sazón. Son como continuación de los *Outlines* de Rawlinson varias comunicaciones de éste á Layard que se insertaron en 1853, á trozos, en distintos lugares de su libro *Discoveries*, y que después con los resultados proporcionados en los *Outlines* y las investigaciones sobre el mismo punto de Hincks, fueron reunidas en un capítulo separado con el epígrafe: *Assyrian history* (3). Tuvo también bastante significación, mas por los puntos de vista generales en él apuntados que por sus detalles, el subsiguiente escrito de Rawlinson: «Notas sobre la primitiva historia de Babilonia,» que salió á luz en el año 1854 (4).

Los progresos de la época siguiente están representados por los trabajos de dos sabios, el entonces aun joven (por desgracia fallecido ya en 1873, en Berlin) Juan Brandis y Marcos von Niebuhr, de quien ya hicimos mención en la página correspondiente reconociendo el mérito indisputable que aun hoy tiene su obra, publicada en 1857: «Historia de Assur y Babel desde Phul.» Esta historia no es, pues, sino el final de la asirio-babilónica y una exposición, intencionadamente paralela á los resultados obtenidos ya entonces por medio de las inscripciones cuneiformes, de las noticias de los antiguos clásicos y de los libros históricos israelitas sobre los destinos y, muy principalmente, la cronología de los asirios y babilonios desde Phul (Teglatfalasar, por los años 750 antes de J. C.), sin por eso manifestarse hostil á aquellos resultados, aunque un poco refractario todavía á la manera de leer los nombres propios asirios. Ciertamente que no podía haberse escogido ocasión más oportuna «para hacer un nuevo resumen de las noticias facilitadas por las fuentes manuscritas,» que, reseñando todos los resultados de las investigaciones anteriores á las de la escritura cuneiforme, había de auxiliar mucho á la nueva era, que precisamente entonces despuntaba merced á la cada día más cabal interpretación de los textos originarios. Esto fué lo que hizo en su obra, en la cual llevó á

(1) *Outlines of Assyrian History, collected from the Cuneiform Inscriptions. By Lieut.-Colonel Rawlinson. Read 5th June 1852.* — Páginas XV — XLII del 29 *Annual report of the R. As. Society of Great Britain*, Londres, 1852.

(2) Ese mismo autor, que tradujo y comentó la obra de Rawlinson, había ya publicado en 1852 otro trabajo titulado: «La cronología de los babilonios y asirios,» Heidelberg, 1852. Ambas producciones de Gumpach contienen interesantes datos y observaciones, si bien en general tienen hoy carácter anticuado.

(3) Páginas 611-628 del libro de Layard: *Discoveries*.

(4) *Notes on the Early History of Babylonia: Journ. of the R. As. Soc.*, vol. 15, pág. 215-259. El tomo completo (págs. 1 á 436) lleva la fecha de 1855.

cabo la tarea de cotejar y concordar los nuevos hallazgos con las fuentes hebreas y griegas. Tenía carácter muy distinto el opúsculo publicado en 1856 por Brandis (1), cuya obra anterior (escrita en latín) sobre la cronología asiria coincidía mucho con la de Niebuhr (2). En la citada publicación alemana, escrita por instigación de C. J. Bunsen, se propuso Brandis «demostrar los resultados históricos del desciframiento de las inscripciones cuneiformes de Nínive en cuanto se lo permitían los textos originarios disponibles» (3). Dice además Brandis en la página 5 del prefacio: «Espero poder demostrar que entre nosotros se ha exagerado la desconfianza y que sin tener fe en la polifonía (4) se pueden aceptar como ciertos muchos resultados de los asiriólogos británicos. No ha sido difícil demostrar que nombres como Ezequías, Menahem, Tiro, Sidon y otros, fueron interpretados exactamente hace ya bastante tiempo; mas espero que no será menos convincente la demostración de la exactitud con que se ha deducido de los nombres de reyes de Khorsabad, Kujundschi y del palacio Sudoeste de Nimrud, los de Sargon, Senaquerib y Assarhaddon (Brandis habría podido añadir aun, sin reparo alguno, á Teglatfalasar; véase Rawlinson, 1854). Su exacto desciframiento está comprobado por las leyes que rigen, según se ha visto, las combinaciones cuneiformes.» Semejante comprobación, llevada á cabo con método filológico é histórico, no solo era honrosa para la ciencia alemana, sino que contribuyó además en alto grado á robustecer y corroborar los resultados de la aun joven asiriología. La obra de Brandis vino á fomentar poderosamente la investigación histórica de los textos cuneiformes, y si bien la mayoría de los orientistas alemanes se mantuvo todavía durante quince años refractaria á los resultados asiriológicos, esto no mengua en nada la importancia de aquel escrito. El motivo de esta reserva consistía principalmente en que «se había prescindido de toda investigación formal, así filológica como gramatical,» en la obra de Brandis, en cuyo prólogo (página 6) dice éste que ha procurado mantenerse en lo posible dentro de los límites más reducidos, para hacer asequibles al mayor número de los resultados ciertos del desciframiento de las inscripciones.» Y aun sin investigaciones de este género, tales como las presentadas después por Oppert y luego por Schrader en Alemania, fueron muy pocos los que entonces mostraron bastante perspicacia para reconocer la solidez de los fundamentos y puntos principales de la investigación cuneiforme, y por lo mismo su valor para la historia. Diez años después publicó Brandis en un artículo titulado: *Assyria*, en la «Enciclopedia de filología clásica,» de Pauly (5), un excelente y compendioso

(1) «Sobre el resultado histórico del desciframiento de las inscripciones asirias, con una reseña de los rasgos fundamentales del sistema de escritura cuneiforme asirio-babilónico.» Por Juan Brandis, Berlin, 1856.

(2) *Rerum Assyriarum tempora emendata. Commentatio, scripsit Joannes Brandis, Bonna, 1853.* La primera parte se había publicado ya en 1852 en forma de disertación. Respecto de la afinidad indicada más arriba entre este libro y la *Historia* de Niebuhr, publicada en 1857, véase lo que dice este último en la página 4 del prefacio: «Considero este trabajo mío como una mera ampliación de la demasiado corta obra de mi joven amigo J. Brandis, *Rerum Assyriarum*, etc.»

(3) Conviene recordar que á la sazón no se había publicado todavía el primer tomo de la magnífica obra inglesa de inscripciones, que contenía las de mayor importancia histórica, si bien era conocida ya la de Layard: *Inscriptions in the cuneiform characters*, Londres, 1851.

(4) En esto ha ido demasiado lejos Brandis, pues que está fuera de toda duda la polifonía de la escritura cuneiforme babilónico-asiria, siendo por demás exagerado el concepto que entonces se tenía respecto de la precisión y arbitrariedad á que aquella pudiera dar lugar por parte del descifrador. Con este motivo haremos igualmente mención de la memoria de E. Hincks: *On the polyphony of the Assyrio-babylonian cuneiform writings* (Dublin, 1863); véase también lo que decimos en la nota siguiente.

(5) Páginas 1884-1915 del tomo I de la segunda edición de la indicada

resúmen de todo lo que, después de imparcial exámen, podía considerarse como cierto y definitivo con referencia á la historia asiria; y si comparamos su contenido con lo que hoy se tiene por seguro y demostrado, poseyendo tan abundante material originario y con tan perfecto conocimiento filológico de los textos, nos parece aun más inexplicable la desconfianza y el menosprecio con que durante tan largo tiempo tuvo que contender la nueva ciencia.

Mas con la mención del artículo *Assyria*, de Brandis, hemos dado un salto en la marcha seguida por la historiografía asiriológica, pues que precisamente al intervalo entre esta última producción (1866) y la anterior del mismo sabio: «Sobre los resultados, etc.» (1856), corresponde una serie de valiosas publicaciones, de las cuales unas aportaban nuevos textos originarios, ó nuevas interpretaciones de los ya conocidos (Enrique y Jorge Rawlinson) (6), y las otras procuraban por primera vez introducir en los cuadros de la historia universal lo obtenido definitivamente de las nuevas fuentes, ó que á lo menos parecía seguro (Max Duncker) (7). Así la grande obra de este último, cuyo primer tomo, al cual ahora nos referimos, consta en su tercera edición de más de 900 páginas, como la exposición histórica «de las cinco grandes monarquías de la antigüedad» por Jorge Rawlinson, en cuatro tomos (8), con muchos grabados, ilustrativos de su abundante contenido arqueológico, han influido poderosamente en excitar el interés público, dando á conocer al mayor número las valiosas adquisiciones históricas debidas á los textos cuneiformes. No habrá crítico imparcial que pueda negar á estas obras de carácter popular toda influencia en el progreso ulterior de la asiriología; contienen conceptos tan luminosos y tan exactas observaciones, que aun hoy merecen ser tenidas en cuenta por el que se dedica á este género de estudios. Las *Monarchies*, de Jorge Rawlinson, son aun hoy un manual tan indispensable, así para el asiriólogo como para todo investigador de la antigüedad en general, que es muy de desear que la quinta edición, cuya falta se hace sentir cada día más, sea sometida á una concienzuda revisión, pues la cuarta no corresponde ya en modo alguno al grado de desarrollo de la asiriología á fines de la década 1870-80 (9).

En el mismo año en que apareció la citada obra de Jorge

Enciclopedia (Stuttgart, 1866); en este artículo se hacen exactísimas consideraciones sobre la polifonía.

(6) *The history of Herodotus. A new english version, edited with copious notes and appendices and embodying the chief results of cuneiform and hieroglyphical discovery. By Georges Rawlinson, 1st vol.* (Londres, 1858). En las págs. 432-450: *On the early history of Babylonia*, por E. Rawlinson, y en las 451-530: *On the chronology and history of the great Assyrian empire; on the history of the later Babylonians*, por Jorge Rawlinson. Parece que se ha publicado posteriormente una nueva edición de esta obra, que comprende cuatro tomos.

(7) «Historia de la Antigüedad,» tercera edición, tomo I (Berlin, 1863); 934 páginas en 8.º. Prescindimos aquí de las dos ediciones anteriores (Berlin, 1852-1855). De la cuarta (en la cual corresponden al primer tomo de las anteriores, dos, 1.º en 1874 y 2.º en 1875), ya hablabamos más adelante. En el año 1878 comenzó á publicarse la quinta edición, y en cada una de ellas ha procurado siempre el incansable autor poner su contenido á la altura de los últimos adelantos de la investigación.

(8) *The five great monarchies of the ancient eastern world; or, the history, geography and antiquities of Chaldaea, Assyria, Babylon, Media and Persia, collected and illustrated from ancient and modern sources. In three [en realidad 4] volumes.* Londres, 1862. Parece que la segunda edición (Londres, 1871), que es la más citada, ha sido algo aumentada. Como no tengo á la vista sino la primera y la cuarta (Londres, 1879, en tres tomos), solo puedo decir que esta última apenas corresponde al desarrollo científico de la década 1860-70.

(9) Parece en verdad imposible que en el año 1879 se escriba todavía Uruk en vez de Ur-Bavi (ó á lo menos Ur-x), Bullush en vez de Ramán-Nirári, etc., ó encontrar la absurda cita de un dios superior babilónico llamado Ra, sin contar tantos otros anacronismos por el estilo.

Rawlinson, en cuatro tomos, que luego fué reducida á tres, hizo Enrique Rawlinson un hallazgo de extraordinaria importancia para la historia de Asiria y de Israel, descubriendo entre las láminas de barro del Museo Británico el llamado *Cánon de Epónimos*, que vino á fijar definitivamente la cronología desde Ramman-Nirari II (913-890 antes de J.C.) hasta Assurbanipal (668-626), y del que hemos de tratar con mayor detenimiento en los primeros capítulos del segundo libro de esta obra (1). Como el segundo tomo de las *Cinco grandes Monarquías*, que contenía la historia asiria, no se dió á luz sino en el año 1864, pudieron por fortuna aprovecharse para él en gran parte los datos proporcionados por tan trascendental descubrimiento. Desde entonces data en verdad una nueva época, así para la investigación de la escritura cuneiforme como para la de la historia del antiguo Oriente en general.

El único que en los últimos tiempos se manifestó tenazmente refractario á tan brillantes resultados, pretendiendo, en favor del Phul de la Biblia, haber descubierto una laguna en el *Cánon de Epónimos*, fué el célebre asiriólogo Julio Oppert, y si bien esto no empaña la gloria que merecidamente le han valido sus otros eminentes servicios, es motivo suficiente para que tengan desde luego poco valor y significación sus escritos históricos; de modo que solo para no incurrir en omisión en este punto, haremos mención aquí de su «Esbozo de historia babilónico-asiria» (2), publicado en 1865. A pesar de ello, sería injusto negar los muchos conceptos luminosos que Oppert, con sus extraordinarias dotes de talento é ingenio, ha expuesto en sus varios trabajos con referencia á la historia de los antiguos reinos á orillas del Eufrates y del Tigris; mas nunca fué su especialidad la exposición histórica conexa y objetiva, ya que para ello le ha faltado bastante la condición mas necesaria, la de modificar la opinión ya concebida en vista de los hechos aducidos por otros en contra de ella.

Otro ensayo de aplicación de los resultados de la aun incipiente ciencia asiriológica á la antigua historia del Oriente, fué el libro de Francisco Lenormant, publicado en 1868 con el título de: *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient jusqu'aux guerres médiques*, que por mas que no sea obra tan concienzuda como la tercera edición de la de Duncker, no desmerece al lado de ésta, y hasta en muchos puntos la supera, por ser mas moderna y porque Lenormant había empezado ya entonces á profundizar por sí mismo el estudio de las fuentes cuneiformes, lo que Duncker no había hecho todavía bastante tiempo después. El éxito de este Manual, escrito con ingenio y atractivo, fué extraordinario, tanto que un año después pudo ya publicar Lenormant una tercera edición revisada y aumentada, que fué reproducida luego cinco veces mas. Por último, en el año 1881 se dió á la estampa la novena edición, con el nuevo título: *Histoire ancienne de l'Orient*, cuyos tomos 1-3 abrazan la historia primitiva y el Egipto. Desgraciadamente la muerte sorprendió al infatigable autor cuando se proponía escribir los capítulos Caldea y Asiria para esta novena edición, que en realidad se había convertido en una obra nueva enteramente. Parece, sin embargo, que será continuada, conforme á las ideas de Lenormant, por su discípulo M. E. Babelon.

Durante los años 1870-80 hizo grandes progresos la asiriología, tanto en el terreno filológico como en el histórico, los obtenidos en éste relacionados principalmente con los nombres de E. Schrader y Jorge Smith, y los conseguidos en aquel

(1) Véase: *Athenaeum*, 1862, 31 de mayo, págs. 724-725, y 19 de julio, páginas 82-83. El propio texto, hasta donde fué posible completarlo entonces, se publicó después en el segundo tomo de la grande obra de inscripciones (1866).

(2) *Histoire des empires de Chaldée et d'Assyrie*. Versailles, 1865.

con el de F. Delitzsch. Después que en 1871 hubo aducido Smith nuevas fuentes para la historia con su «Assurbanipal» (3), apareció en 1872 el libro de Schrader: «Las inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento» (4), que tuvo igualmente singular importancia para la investigación científica de los textos bíblicos. Estas glosas y explicaciones complementarias de los libros del Antiguo Testamento, segun están ordenados en la versión bíblica de Lutero, con estudio muy detenido de la época de los reyes israelitas, ó sea de la asiria contemporánea de ésta, dilucidaban multitud de puntos en manera mucho mas científica de la que se había empleado hasta allí. Con la publicación de este libro, que desde entonces fué considerado como *standard work* (como clásico) para los estudios bíblicos y que seguirá siéndolo durante mucho tiempo todavía en su nueva edición de 1883, logróse entonces excitar vigorosamente en Alemania el interés en favor de la nueva ciencia; la abundancia que contenía de trozos de textos (en transcripción silábica, con versión alemana y explicaciones filológicas) hacia asequible al mayor número su estudio y comprobación.

En el año 1872 publicó también Smith, en el primer tomo de las *Transactions of the Society of Biblical Archaeology* (páginas 28-92), su: *Early History of Babylonia* (historia primitiva de Babilonia), que ya había presentado á la citada sociedad en 6 de junio de 1871. En los tomos tercero (diciembre de 1874, páginas 3-20) y quinto (diciembre de 1875, páginas 53-110) de los *Records of the Past*, libros de mas fácil adquisición, figura también este importante trabajo, pero con la supresión de los nombres propios en escritura cuneiforme.

Casi al mismo tiempo que la obra que acabamos de citar salió á luz igualmente la primera parte de la «Historia de Asiria y Egipto» por Valdemar Schmidt (5), libro que por estar redactado en idioma danés no ha podido influir sino muy poco en el desarrollo de la ciencia asiriológica, aunque contiene muchas indicaciones todavía hoy valiosas.

No tardó mucho en producir abundantes frutos la simiente que en fértil terreno habían arrojado J. Smith y E. Schrader, y especialmente en los años 1874 y 1875 aparecieron muchas publicaciones que nos toca señalar aquí. Bajo varios conceptos fueron frutos estos que maduraron demasiado aprisa; lo cual no es extraño, dado el disculpable entusiasmo que se produjo entonces y sin el cual se habría originado acaso una paralización en este género de estudios. Publicóse en primer lugar, en 1874, la cuarta edición reformada de la *Historia de la Antigüedad*, de Duncker, de que ya hemos hecho mención, y no hay que decir que para esta edición se aprovechó concienzudamente todo el nuevo material asiriológico adquirido desde 1863, de manera que á pesar de mucho que Duncker acogió como histórico con sobrada precipitación, no dejó de representar aquella obra un gran progreso sobre el constantemente renovado *Manuel* de Lenormant.

En el mismo año de 1874 empezó la publicación de dos obras de textos originarios, una francesa y otra inglesa, que tenían por objeto nada menos que proporcionar al historiador una completa colección traducida de las inscripciones asirias y babilónicas, que hasta allí solo se habían publicado en su texto original (6). Como por desgracia la mayor parte

(3) *History of Assurbanipal* (colección de todos los textos conocidos á la sazón de este rey, en caracteres cuneiformes, transcripción y versión inglesa, segun el orden de sucesión de las campañas). Londres, 1871. Cúmplenos también hacer mención aquí de la historia de Teglatfalsar II y Sargon, conforme á los textos originarios que Smith había dado ya á la publicidad en 1869.

(4) Con apéndices cronológicos, un glosario, índices y dos planos. Giessen, 1872 (VII y 385 páginas en 8.º).

(5) *Assyriens og Aegyptens gamle Historie*, Kjøbenhavn, 1872-1877.

(6) J. Menant: *Annales des rois d'Assyrie*, Paris, 1874; el autor de

de estas traducciones tenían un carácter muy marcado de trabajo de aficionado y apenas había renglon de ellas que pudiese resistir una severa crítica filológica, resultó esta empresa mas bien perjudicial que útil, contribuyendo ambas colecciones, la de Menant y la de los *Records of the Past* (recuerdos de lo pasado) antes á desacreditar la asiriología que á fomentar eficazmente la ciencia histórica, como era de esperar en vista del plausible objeto á que en un principio parecía obedecer su publicación. Mas no por eso se ha de desconocer que con esta reproducción, por primera vez relativamente completa, por mas que muy defectuosa, del material de inscripciones en lengua europea, el historiador no versado en la escritura cuneiforme ni en las lenguas semíticas, pudo formar un concepto general sobre las fuentes y su carácter y contenido, tal como no le había sido posible formarlo hasta entonces, y lo que era muy importante, pudo apreciar los muchos pasajes, mas ó menos extensos, de interés para la historia israelita, citados por Schrader y otros, en relación y conexión con los demás que no habían sido comunicados y de los cuales fueran desprendidos aquellos. Así, el sacerdote belga A. Delattre (1) pudo muy bien demostrar algunos años después que las dos traducciones, francesa é inglesa, de las inscripciones de los reyes asirios no habían sido del todo inútiles para la investigación histórica, á pesar de su reconocida deficiencia.

A la nueva edición (1874-75) de la obra de Max Duncker siguió en 1875 la *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, de G. Maspero, que si bien inferior en extensión á aquella, le era muy parecida en la distribución de su contenido (2). El verdadero mérito de este libro, cuya fuente principal para su parte asiriológica fué, además de los trabajos ya publicados entonces de Jorge Rawlinson, Lenormant, Julio Oppert y Schrader, la obra de Menant, *Annales*, consistía en que Maspero era egipólogo, y que por lo mismo pudo acudir directamente á las fuentes originarias para una gran parte, á lo menos, de la historia del antiguo Oriente. En cuanto á Babilonia y á Asiria, apenas contiene dato alguno que no se encuentre ya en la última edición de la obra de Duncker, y solo el nuevo colorido que el autor ha sabido dar á estos capítulos los hace atractivos é interesantes hasta para el historiador. De todos modos, la historia de Maspero es, como la juzga merecidamente E. Meyer (3), entre todas las obras populares que tratan de la misma materia, la mejor y la mas

este libro, jurista y discípulo de Oppert, publicó en el año siguiente su otra obra: *Babylone et la Chaldée*, en la cual se reproducían las inscripciones de los reyes babilónicos desde Ur-Ba'u de Ur hasta Nabonedo, acompañadas de breves introducciones históricas, mapas y planos. Asimismo los *Records of the Past*, fundados y editados por el asiriólogo Birch, insertaron, desde 1874 en adelante, en cada uno de sus pequeños tomos, y sin método ni orden, cierto número de textos asirios y babilónicos, traducidos por varios orientistas, entre cuyos nombres figuraban también los de Enrique Rawlinson, Julio Oppert, Jorge Smith, etc.

(1) *Les inscriptions historiques de Ninive et de Babylone. Aspect général de ces documents, examen raisonné des versions Françaises et Anglaises*, par A. Delattre, S. J., Paris, 1879. El autor no conocía de la literatura alemana sino el libro de Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento», y aun de éste hace citas muy parcas, lo que demuestra que no era muy versado en el idioma alemán. Ignoraba, pues, por completo la impugnación de Gutschmid en 1876 y la refutación de Schrader en 1878. Púedese por lo tanto considerar del todo imparcial su juicio sobre el grado de utilidad histórica de las traducciones de Menant y de los *Records of the Past*. Respecto de Delattre, véase también la primera parte de mi artículo: «La investigación de la escritura cuneiforme y la cronología bíblica», suplemento á la *Allgemeine Zeitung*, 1880, página 161.

(2) Paris, 1876 (608 páginas en 8.º menor, con dos pequeños mapas). De la segunda edición, que muy pronto hubo necesidad de publicarse, es la excelente traducción alemana de R. Pietschmann: «Historia de los pueblos orientales en la antigüedad», por G. Maspero. Leipzig, 1877.

(3) «Historia de la Antigüedad», tomo I, pág. 25.

interesante, por mas que no pueda colocarse á igual altura que la de Duncker, á pesar de toda la deficiencia de éste en el método de exposición histórica.

Por aquella época nadie tenía á su disposición los textos originarios en tanta abundancia como Jorge Smith, empleado en el Museo Británico y que ya había regresado una vez de Nínive con los preciosos resultados de nuevas excavaciones. No es, pues, maravilla que el *Esbozo* de historia de Asiria, de carácter también popular y al cual siguió, después de la muerte de Smith, otro trabajo por el estilo sobre Babilonia, como complemento de aquel y editado por Sayce (4), contenga en forma compendiosa el mejor cuadro que hasta entonces se había trazado de la historia del reino del Tigris, tal como se desprende de los relatos de las inscripciones cuneiformes. Corresponde asimismo á este período el escrito: *Assyrian Discoveries* (Londres, 1875), de que ya hicimos mención, dedicado en su mayor parte á las nuevas inscripciones de los reyes asirios y á las deducciones con ellas relacionadas.

Si nos detenemos en este punto para echar una ojeada retrospectiva y recapitular los trabajos hechos hasta aquí desde principios de la década 1860-70, hemos de confesar ciertamente que no hemos encontrado en ninguno de los autores citados la indispensable «erudición histórica, ni el verdadero dominio de toda la materia, como tampoco dotes de crítica ni de técnica y método para la investigación histórica.» Carecían además la mayor parte de los necesarios conocimientos lingüísticos, y por lo mismo de exactitud en la traducción. Mas á pesar de todo fué contraproducente la impugnación de A. von Gutschmid (5), en el año 1876, contra la asiriología alemana en general y en particular contra E. Schrader, con motivo de la publicación de la cuarta edición de la *Historia de la Antigüedad* de Duncker; pues la tentativa de Gutschmid para poner en tela de juicio la seguridad del desciframiento, á causa de algunas traducciones defectuosas, y por lo mismo disputar la utilidad histórica de las inscripciones tales como habían sido traducidas hasta allí, fracasó por completo ante la brillante refutación de Schrader en su libro: *Inscripciones cuneiformes é investigación histórica*, publicado en el otoño de 1878 (6). Así la asiriología, prescindiendo del escrito de Gutschmid, ha continuado impertérrita en sus investigaciones y utilizando sus frutos para la historia. Sin embargo, tuvo también su parte buena la inesperada impugnación, que produjo el efecto de una bomba caída en el campo de los asiriólogos, y el ilustrado crítico de Tubinga pudo darse por satisfecho con este resultado, que mitigaba el fracaso que en otro sentido habría tenido su opúsculo; desde entonces se trabajó, así en Alemania como en Francia é Inglaterra, con mas circunspección y método, y sobre todo con mayor exactitud filológica en los dos primeros países. Gracias á los esfuerzos de Delitzsch en Alemania, de Guyard, Pognon y Amiaud en Paris y de Pinches en Londres, el historiador obtiene hoy el material que ha de utilizar en condiciones muy superiores á las de las inexactas traducciones de otros tiempos.

Para terminar este capítulo y por lo que se refiere á la literatura histórico-asiriológica de estos últimos años, hemos de hacer todavía mención del popular libro de Murdter, recomendado y completado por Delitzsch (7), y acaso también

(4) *Assyria from the earliest times to the fall of Nineveh*, Londres, 1875 (191 páginas en 8.º menor). — *The history of Babylonia. By the late G. Smith, edited by A. H. Sayce*. Londres, 1877 (192 páginas en 8.º menor).

(5) «Nuevos estudios para la historia del antiguo Oriente: la asiriología en Alemania.» Leipzig, 1876 (XXVI y 158 páginas).

(6) «Inscripciones cuneiformes é investigación histórica. Datos geográficos, históricos y cronológicos de los asirios.» Con un mapa. Gies-sen, 1878.

(7) «Compendio de historia de Babilonia y Asiria, conforme á las